

LAS INFLUENCIAS ALEMANAS DE JUAN GARCÍA PONCE
Eve Gil

Uno nunca es digno de los autores que ama
JGP

Rainer Gruenter nos habla de dos tipos de lector: el diletante y el profesional.¹ El primero es el amante de la lectura, el segundo, el que la trabaja. Para profesionalizarse como lector, abunda Gruenter, hay que renunciar a la inocencia. “El estado de inocencia del leer es peligroso”, dice. A continuación, sin embargo, declara su envidia por la lectura que han hecho lectores no profesionales: la de Claudel sobre Rimbaud, la de Elliot sobre Virgilio, la de Rilke sobre Jens Peter Jacobson. “[...] ¿qué hubiera sido de Hofmansthal, qué de Walter Benjamín como *lectores* si hubieran tenido éxito sus esfuerzos de ser lectores de cátedra, profesores de literatura?”

Juan García Ponce (Mérida, 1932) se reconocería sin pudor alguno entre estos. La novela, no olvidemos, “es el género que mayor exigencia implica al destinatario (...) puede darse entre el público de teatro un espectador indiferente. No es, en cambio, concebible un lector indiferente para una novela”.² JGP es un lector diletante, como debe serlo el lector de novela, que desde la subjetividad de las emociones y el entusiasmo por el efecto estético aborda el análisis de las obras que le son seductoras. “Escribir ensayos es quizá una manera de evitar o retrasar el momento de escribir”, nos dice, sí, desde su inminente posición de novelista, teniendo buen cuidado de intercalar un *quizá* que aplaque las iras de los teóricos. El ensayo, para un novelista, es, antes bien, un diálogo con las influencias reconocidas y reconocibles, una forma de encararlas y decirles que necesitar ser su aprendiz. “[...] nos habla también de la angustia de la creación cuando ésta, como ocurre hoy, busca su respuesta en el propio acto; pero lo hace de una manera indirecta”. Me atrevería a concluir que, para el novelista, el ensayo es una relectura y, sobretodo, una reescritura de los autores amados.

García Ponce se refleja en Thomas Mann, en Heimito von Doderer y en Robert Musil, que en común tienen haber escrito en alemán. Son más las diferencias que los distinguen que las semejanzas. De los tres, Mann fue el único que conoció la gloria en vida. Su afán intrínseco es la búsqueda del arte en dos planos: como concreción en sí y como *leit motiv* interno, lo que a su vez permea su obra de ese sentimiento trágico que conlleva todo anhelo de perfección. “La única verdad que el artista posee es el arte y éste es semejante en todo a la muerte [...] y entregarse al arte es negar la vida y entregarse a la muerte”, nos dice JGP. Por su parte, Heimito von Doderer tiene una visión menos tajante y centra su interés estético en actos cotidianos. No mira a sus

¹ *Sobre la miseria de lo bello*, Traducción del alemán: Jorge M. Seña, 1ª. ed. (España: Gedisa: 1992).

² Oscar Tacca, *Las voces de la novela* (Madrid: Gredos, 1978).

personajes con la mirada de capataz de ballet de Mann, sino con la cínica ternura con que Dios contempla la ingenua perversión de sus criaturas. *Los demonios* es una auténtica novela río, lo mismo que *Los Buddenbrook*. Ambas son, probablemente en la misma medida, obras maestras de la literatura en lengua alemana, pero es un hecho que Mann y von Doderer tenían conceptos discrepantes respecto al quehacer literario, el primero en su condición de escritor bohemio, el segundo, tocado por la fama y la fortuna desde los 25 años. Musil es un caso aparte. JGP le dedica un capítulo titulado *La imposibilidad de la novela*, definitorio y de brutal franqueza. Como Kafka, Musil debió morir en la creencia de que su obra no trascendería, peor aún, que la dejaba sin terminar. Su única semejanza con Mann, además de su calidad de exiliado –compartida asimismo con von Doderer, como aquel, austriaco exiliado en Suiza– es el sentimiento trágico que impide al artista la plena satisfacción. *El hombre sin cualidades* es una novela incompleta, como en el fondo lo es toda obra de arte, en su caso porque el autor no alcanzó a escribir el desenlace. Curiosamente, y según nos hace ver JGP, Ulrich, el personaje incestuoso de esta novela, “llega finalmente al conocimiento trágico de que en el hombre no puede ser activa la contemplación, no puede hacer racional lo irracional, no puede permanecer en esa exaltada condición secular, y la novela se queda sin final, como historia de una búsqueda”.

Los personajes de Mann son metáforas, los de von Doderer son estereotipos y los de Musil, realistas –aunque no olvidemos a Camus: “El único artista realista sería Dios, si existe. Los otros artistas son, forzosamente, infieles a lo real”– En este sentido, JGP es mucho más próximo a este último, particularmente en sus primeros libros pero, más enfáticamente, *Crónica de la intervención*, escrita en 1982. No por nada fue el primero sobre el que escribió, y más abundantemente que sobre los demás. En 1967, JGP publica *El reino Milenario* (Arca, Montevideo, Uruguay, 1969), del que nos dice: “Puedo considerarme el introductor de Robert Musil en lengua española, a la cual, en aquel entonces, ni siquiera estaba traducido. Los primeros en publicar algunos de sus relatos fuimos Huberto Batís en *Cuadernos del viento* y yo en la *Revista mexicana de literatura*. *Las tribulaciones del estudiantes Törless* fueron editadas por Sur y hasta 1969 Seix Barral publicó *El hombre sin cualidades* con el espurio nombre de *El hombre sin atributos*, en una aborrecible traducción”. JGP tuvo su primer contacto con las letras alemanas a través del primer autor que leyó siendo un niño convaleciente de alguna de esas enfermedades de la infancia: Karl May, que, curiosamente, escribía *westerns*. Éste lo llevó hasta Thomas Mann, quien signó su adolescencia y dejó en la prosa garciaponciana una huella indeleble, aunque sin duda quien más vivamente despertó su imaginación y definió el aspecto existencial de su obra, fue Musil. Sus personajes –Törless, Ulrich, Agathe– repercuten sonoramente en varios personajes de JGP. Al igual que los de Musil, los personajes del escritor mexicano intelectualizan el acto carnal; se reconocen psíquica e intelectualmente a través del conocimiento de otro cuerpo. En JGP el erotismo es signifiante y significativo, no un recurso estimulador, no una obsesión bizarra, ni siquiera estética: como en Musil. Y como en Musil, JGP prescinde por completo de la metáfora, elemento clave de la obra de Mann. “Musil es oscuro, está enraizado en esa noche con un sentido metafísico que sugiere Santayana, hasta cuando nos deslumbra con el brillo sin sombras de su

discurso lógico”, señala J.G.P, casi denunciando su propia e indiscutible afán de Prometeo.

De Thomas Mann, sin duda, le seducen, más allá de su novelística, sus personajes que reflejan fielmente al propio autor y a cualquier artista viviendo en función de su arte, no sirviéndose de él. “El artista ya no es entonces ese ser que es todos pero que él mismo, para sí mismo, no es nadie [...]. Su verdad será aparecer como verdadera una mentira que su propio poder de convicción convertirá en verdad”. JGP escribió su ensayo *Thomas Mann vivo* en 1972 (Editorial ERA). El triunfo de Hitler, nos explica, forzó a Mann a exiliarse de su amada Alemania, yéndose a refugiarse en Estados Unidos, y ese ha sido, acaso, su único –no por ello menos fulminante- fracaso. Quizá la novela que mejor refleja esa melancolía sea ese magistral paréntesis, *La montaña mágica*, “una novela que basa la posibilidad de creación en la realidad de la crítica”, a decir de JGP. Posteriormente, Mann se disfrazará de Dios para escribir *José y sus hermanos*. En efecto, todo narrador omnisciente emula al Creador, pero en esta novela Mann se asume explícitamente como tal. Sólo un autor de su envergadura puede tomarse semejante atribución y resultar verosímil, después de todo, “la única verdad que el artista posee es el arte y éste es semejante en todo a la muerte”.

JGP escribe el libro sobre Heimito von Doderer en 1993, aunque previamente publicó un artículo que juzga “muy malo”, en 1966, en la *Revista de la universidad* y otro más, al morir el autor, a los 66 años de edad, en *Siempre!* Él no busca, como Musil, el absoluto, no obstante que su novela *Los demonios* es tan voluminosa como *El hombre sin cualidades*. Sus personajes son extraordinariamente seductores, particularmente Leonhard Kakabsa, el obrero que tras la lectura incidental de su primer libro se vuelve enamorado del saber. “Sólo hay un breve paso del leer a la manía de leer, al vicio”, nos refuta Rainer Gruenter.³ Al igual que GP y muchos de nosotros, Kakabsa adopta por religión la literatura y se transforma en un lector diletante, en un sensual de la lectura. Su batalla contra la ignorancia –que con tanto placer se libra, después de todo– no es menos afanosa que la de los cien personajes restantes de esta novela deliberadamente nombrada como otra de Dostoievsky, histórica a pesar de sí misma, que parte del incendio del Palacio de Justicia en Viena en 1927, que von Doderer ubica en una dimensión harto simbólica, “El Palacio de Justicia arde, arde poderosamente con un olor a papel quemado pues en él se guardaban todas las actas de la ciudad de Viena, incluyendo las de propiedad. Ya nadie es nadie”, explica GP. ¿Von Doderer rehizo de las cenizas a sus fascinantes actores? Por lo pronto son ellos mismos los que, conformando una especie de Babel dialéctica, se buscan a sí mismos en la narración. Circunstancia con la que JGP dialoga activamente a través de sus propias novelas.

Recientemente editorial Aldus reunió en un solo libro estos tres ensayos, que no sólo nos adentra en los dispares mundos de estos tres autores de lengua alemana que escriben desde el exilio, sino también en el mundo de JGP donde –¿sería válido insinuar?– es posible advertir la enseñanza de aquellos. Lector diletante, como Claudel, como Rilke, como Elliot, como Hoffmanstal, como Benjamín, no tiene empacho en decir: “Yo siempre he escrito ensayos sin

3 *Ibid.*

darle ninguna importancia al género en sí. Son parte de mi vida en igual medida que mis obras de ficción”.